

511-522 OPUSCULUM VICESIMUM SEPTIMUM. DE COMMUNI VITA
CANONICORUM. AD CLERICOS FANENSIS ECCLESIAE.

ARGUMENTO.

Surgida una disensión entre los canónigos de la Iglesia de Fano, algunos de los cuales querían vivir en comunidad con los bienes de la Iglesia, mientras que otros preferían vivir por separado, se les escribe para exhortarlos a que, dejando de lado toda contienda, sigan el ejemplo de los apóstoles y de la Iglesia primitiva; que los canónigos no solo lo sean de nombre, sino también de hecho. Intenta persuadirlos con muchas razones, argumentando que no puede haber unión de almas entre aquellos que tienen división de bienes; y escribe muchas otras cosas en el mismo sentido.

A los santos hermanos en Cristo, clérigos de la Iglesia de Fano, PETRUS, pecador y monje, salud.

Hace tiempo, amadísimos, que la fama ha divulgado en estas partes que ha surgido entre vosotros una discordia no pequeña, debido a que algunos de vosotros intentan vivir en la regularidad canónica, mientras que muchos no lo aceptan, queriendo vivir solo en sus propias propiedades. No nos sorprende esto, ya que no es raro, pero más bien nos duele, porque es deshonesto. Parece bastante absurdo que un clérigo pretenda mostrar una apariencia en el orden y, sin embargo, mantenga una vida secular: y es vergonzoso que aquel a quien la condición de su profesión separa de las multitudes laicas, sea demostrado como laico por su conversación doméstica o por la abominable propiedad de bienes. ¿Qué podrá saciar la codicia de aquel a quien ni siquiera Dios puede bastar en posesión? El clérigo, según la etimología de su nombre, es la porción de Dios, y no obstante, Dios Todopoderoso es también su porción. Por eso Jeremías dice: «Mi porción es el Señor, dijo mi alma: por eso esperaré en Él (Lamentaciones III).» Y en otro lugar Dios dice: «Obra de mis manos eres tú, mi herencia Israel (Isaías XIX).» Si, por tanto, el clérigo es la porción de Dios, y Dios es su porción, parece que inflige una ligera afrenta a su Creador quien, sobre este singular talento, arde en deseos de acumular dinero terrenal. Pues en el libro de los Números, Dios manda a Moisés sobre los levitas, diciendo: «Tomarás a los levitas para mí en lugar de todo primogénito de los hijos de Israel: Yo soy el Señor: y sus ganados en lugar de todos los primogénitos de los ganados de los hijos de Israel (Números III).» Y de nuevo: «Toma a los levitas en lugar de los primogénitos de los hijos de Israel, y los ganados de los levitas en lugar de sus ganados; y serán los levitas míos. Yo soy el Señor; en mis preceptos caminarán (Ibid.).» Como si dijera más claramente: así como los reivindico especialmente para mi propio derecho, así decido que me sirvan continuamente sin estar sujetos a ninguna conversación terrenal; ni permito que sean sometidos ignominiosamente al yugo de los negocios seculares, quienes, dedicados a mis servicios, están adornados con el título de libertad ingenua.

[DE LA VIDA COMÚN DE LOS CANÓNIGOS.]

CAPÍTULO PRIMERO. Que los clérigos no tienen propiedad de las cosas que poseen.

Y es de notar que no solo los levitas, sino también los ganados de los levitas, el Señor los declara suyos; para enseñar claramente que aquellos que están dedicados a los servicios eclesiásticos deben a Dios no solo el esfuerzo de su diligencia y trabajo, sino también la propiedad de las facultades que poseen: y deben saber que ellos mismos y sus bienes no son de su propio derecho, sino del divino. Sin embargo, en este tiempo, a los clérigos, de quienes

hablo, les parece poco si, viviendo carnalmente, sustraen lo suyo a Dios; a menos que también se aparten de las vigiliias de la administración eclesiástica, habitando en callejones y puestos de mercado. Sin duda, juzgando más placentero oler las tabernas de los posaderos que frecuentar diariamente el umbral del sagrado santuario, y más les deleita contemplar los talleres de las tejedoras que dedicarse a las páginas del divino elocuente. El pobre Samuel, después del destete, no regresa a casa con sus padres, sino que persevera continuamente en el ministerio del templo; Juan, para mantener la pureza de una vida inocente, se apresura a la soledad del desierto aún en su tierna edad, y allí recibe la gracia de la predicación profética, que no pudo merecer viviendo entre las multitudes populares. Pero ahora, por el contrario, aquellos que están dedicados a las ceremonias divinas desprecian los sagrarios de la Iglesia, prefiriendo habitar entre los murmullos del bullicio forense.

Pero escuchemos qué ordena la autoridad divina sobre la disposición de los campamentos de los levitas, y así podremos juzgar con justicia dónde deben habitar principalmente los clérigos. «No cuentes, dice, la tribu de Leví, ni pongas el número de ellos con los hijos de Israel; sino que los constituirás sobre el tabernáculo del testimonio, y todos sus utensilios, y todo lo que pertenece a las ceremonias: ellos llevarán el tabernáculo y todos sus utensilios, y estarán en el ministerio, y acamparán alrededor del tabernáculo (Números I).» Y poco después, habiendo dicho: «Acamparán los hijos de Israel cada uno por sus tropas, y sus compañías, y su ejército (Ibid.):» añade inmediatamente: «Pero los levitas acamparán alrededor del tabernáculo (Ibid.).» Si, por tanto, por mandato del Señor, los levitas acampan junto al tabernáculo, y no se les permite alejarse del tabernáculo ni tener hospedaje entre las multitudes; ¿por qué ahora los clérigos, según el edicto de la constitución divina, rehúsan vivir en la Iglesia, para que tanto más libremente, cuanto más tranquilamente, puedan dedicarse a la meditación del sagrado elocuente? y al menos concedan esto a la Iglesia, que el esplendor de la gracia evangélica ilumina, lo que entonces concedían al tabernáculo, que bajo las tinieblas de la ignorancia estaba velado por figuras enigmáticas. Y ciertamente es muy absurdo que ahora se niegue esa reverencia a la verdad, que entonces se concedía a la imagen sombreada. Pues que aquel tabernáculo no era la verdad misma, sino más bien un ejemplo de la verdad, lo testifica el Señor cuando ordena a Moisés: «Mira, dice, haz todas las cosas según el modelo que te fue mostrado en el monte (Éxodo XXV; Hebreos VIII).» Lo que Moisés vio en el monte, fue nuestra verdad; lo que hizo el tabernáculo para los israelitas, fue solo una imagen de la verdad. Los ministros del tabernáculo entonces comían maná, sin duda para morir; en la Iglesia, en cambio, recibimos los sacramentos de Cristo, para vivir en la eternidad. De la cual, en verdad, dice Pablo: «Porque es el verdadero tabernáculo, que Dios fijó, y no el hombre (Hebreos VIII).» Además, el templo de Salomón, cuán constantes y cuán solícitas vigiliias de ministros tuvo, como no creemos que lo ignoréis, juzgamos superfluo escribirlo. Pues, ¿quién no advierte claramente, especialmente en el libro de las Crónicas, que Salomón estableció, según la disposición de su padre David, los oficios de los sacerdotes en sus ministerios, y a los levitas en su orden, para que alabaran y ministraran delante de los sacerdotes según el rito de cada día, y a los porteros en sus divisiones por puerta y puerta? (II Crónicas VIII.)

CAPÍTULO II. Que no puede llamarse canónico quien no es regular.

Si, por tanto, aquellos que por mandato de la ley estaban obligados a unirse en matrimonios, exhibían vigiliias de tanta diligencia a sus santuarios; ¿qué deben hacer ahora los clérigos, que, adornados con la pureza de la castidad, están libres de todos los vínculos del comercio carnal? En verdad, ¿cómo puede alguien ser llamado canónico, si no es regular? ¿Cómo monje, si no es también singular según la fuerza de su nombre? Quieren, sin duda, tener el nombre de canónico, es decir, regular, pero no vivir regularmente. Ambicionan dividir los

bienes comunes de la Iglesia, pero desprecian tenerse en común en la Iglesia. En verdad, esta no es la forma de la Iglesia primitiva, se aparta bastante de la disciplina de la institución apostólica: quienes, sin duda, tenían un solo corazón y una sola alma, y vendían campos y ponían los precios a los pies de los apóstoles, y dividían a cada uno según lo que necesitaba: y ninguno de ellos decía que algo de lo que poseía era suyo, sino que tenían todas las cosas en común (Hechos II). Por el contrario, el hijo pródigo dijo al padre: «Dame la parte que me corresponde;» y así disipó todos sus bienes con prostitutas. Aquí, en verdad, se distinguen las líneas de los elegidos y de los reprobados, porque, sin duda, estos se alegran de tener en común con otros lo que es propio de ellos; aquellos, sin embargo, así como separan sus mentes del vínculo de la caridad, así también dividen las facultades comunes de los hermanos. Donde hay división de bienes, sin duda no hay unidad de almas. La caridad, en efecto, hace la comunión; la avaricia, la división. Por eso Lucas dice: «Dijo uno de la multitud a Jesús (no de los grandes, sino de la multitud era, porque estaba manchado con la suciedad de la avaricia fétida): Maestro, dijo, di a mi hermano que divida conmigo la herencia.» Y cuando respondió: «Hombre, ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?» inmediatamente añadió a los que estaban presentes: «Mirad, y guardaos de toda avaricia, porque la vida de uno no consiste en la abundancia de lo que posee (Lucas XII).» Con estas palabras, la Verdad indica claramente que algunos desean dividir lo común porque arden con las llamas de la codicia y la avaricia. Ananías y Safira, no porque dividen lo común, sino porque no hacen común lo retenido de lo propio, son castigados con la sentencia de muerte corporal (Hechos V). Judas, porque no estaba contento con la comunión de los denarios con los demás, cayendo en el abismo de la traición, cayó de la comunión del apostolado (Mateo XXVI; Lucas XXVII; Juan XIII). Lot, al dejar la compañía de Abraham por la posesión dividida, es obligado a servir en duros vínculos de bárbaros (Génesis XIII, XIV). Esaú, corriendo por los bosques en el afán de cazar, perdió la primogenitura (Génesis V). Jacob, residiendo simplemente en las tiendas, recibió la plenitud de la bendición paterna (Ibid.).

CAPÍTULO III. Que los monjes que deambulan no deben ser llamados monjes, sino giróvagos.

En el orden monástico, ciertamente, a quienes vemos permanecer regularmente en los claustros bajo el mando del abad, los llamamos consecuentemente monjes: pero a quienes vemos poseer lo propio, deambular indiferentemente de aquí para allá, disolverse sin leyes según el arbitrio de su propia voluntad, no los juzgamos dignos del nombre de monjes, sino más bien de giróvagos o sarabaitas. Hay, por tanto, sarabaitas de los monjes, también de los clérigos. Dice el Señor: «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama (Mateo XII; Lucas XI).» Estos, sin duda, que no recogen con Dios en la caridad fraterna, mientras desgarran el saco de las mentes por la discordia, esparcen y pierden los frutos de las virtudes, si es que los hay, como por un agujero. Por eso el profeta dice del hombre necio: «Porque reunió riquezas, y las puso en un saco roto (Ageo I).»

Por lo demás, no solo deben ser llamados cismáticos aquellos que dividen la unidad de la fe; sino también aquellos que, por el vicio de la soberbia o la avaricia, se separan de la caridad fraterna. Ni es mayor la fe que la caridad. Pues siendo Dios mismo caridad (I Juan IV), y quien permanece en la caridad, permanece en Dios (Santiago I); no es menos reprochable quien cae de la caridad que quien yerra en la fe. Porque si alguien guarda toda la ley, pero ofende en uno, es decir, en la caridad, se hace culpable de todo: y por tanto, también se prueba que es culpable de perfidia. En verdad, si según la voz de Pedro, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar (I Pedro V); quien abandona las cercas de la compañía fraterna, se entrega voluntariamente a las mordeduras de la bestia cruel. Pues la

ternera que padece en el rebaño no teme el ataque del lobo; pero cuando se atreve a recorrer sola los bosques, se ve obligada a saciar la voracidad de las fieras. Los gansos que vuelan en bandada desprecian al halcón; a veces, el que se queda atrás, perforado por el pico, no escapa de las garras. Las abejas reunidas en colmenas producen miel, y mientras se reúnen en uno, de sus labores se presentan dulces panales a los reyes: pero si se dispersan, y dejando al líder vuelan errantes, es necesario que se consuman en la escasez del hambre. El que está rodeado de enemigos, si se aparta de los que están con él, se expone a los dardos hostiles, hecho presa. La Iglesia de Cristo, como lo atestiguan los oráculos proféticos, son los campamentos de Dios (Génesis XXXII): en los cuales, en verdad, no irrumpe el ímpetu hostil, mientras, armados con las virtudes, los soldados de Cristo se agrupan en el vínculo de la caridad y en la unidad del espíritu. De los cuales, sin duda, cualquiera que, imitador del infeliz Acán, se divide por la codicia del oro o la plata, es lapidado por la sentencia del verdadero Josué y del común de todo el pueblo (Josué VII).

Por tanto, os ruego, amadísimos, que, expulsando la levadura de los fariseos (Mateo XVI), dejéis las casas de vuestra natividad con el patriarca Abraham (Génesis XII), os reunáis en un solo cenáculo con los Apóstoles en la Iglesia (Hechos II): ofreced vuestras propias cosas con Bernabé y Esteban, verdaderos renunciadores, en común, para que, viviendo en la unanimidad fraterna, el Espíritu Santo se digne visitaros. Vosotros sois la sal de la tierra; pero como dice la Verdad: «Si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada?» (Hechos II.) Con poca sal se endulzan muchas cosas, y con un pequeño número de clérigos se instruye y enseña a la multitud de todo el pueblo cristiano. Pues así como los obispos se conocen por tener el primado de los doce apóstoles, así también los sacerdotes de la Iglesia representan el orden de los setenta discípulos. Lo que, en verdad, aquella estancia del pueblo israelita en Elim designa figuradamente (Números XXXIII). Allí, sin duda, fluían doce fuentes apostólicas, que con las lluvias de la palabra divina regaban los corazones áridos de los hombres. Allí florecían setenta palmas, es decir, tantos discípulos, que llevaban las palmas de la victoria de Cristo al mundo oprimido por la servidumbre de la tiranía diabólica. Aquellas fuentes, sin duda, riegan los árboles de las palmas, que los pontífices sagrados fluyen con palabras, de donde los demás sacerdotes de la Iglesia, en la esperanza de las recompensas celestiales, sin cesar florecen: quienes, sin duda, multiplicado el número septenario por diez, parecen significar esto, que por el Espíritu de la gracia septiforme se cumpla el Decálogo de la ley. A estos setenta discípulos, cuando el Señor los enviaba de dos en dos delante de su rostro, y los amonestaba, para que ellos mismos vivieran irrepreensiblemente, en el mismo principio de la enseñanza, como algo sumamente necesario y principal, les ordenó que despreciaran las ganancias de las riquezas, rechazaran las suciedades de la avaricia, no tuvieran propiedad de bienes. «No llevéis bolsa, ni alforja, ni calzado (Lucas X).» Por Marcos también prohíbe que lleven pan, ni cobre en sus cintos, ni dos túnicas, sino calzados con sandalias, llevando solo un bastón (Marcos VI). ¿Por qué se hizo esto? ¿Acaso solo por ellos? Pero supongamos que fue hecho por ellos; ¿por qué, entonces, está escrito, por nosotros? «Porque todo lo que fue escrito, para nuestra enseñanza fue escrito (Romanos XV).» ¿Por qué, entonces, leemos esto en la Iglesia, sino para que cumplamos con obras estas mismas cosas que se leen? Especialmente aquellos que, a través de las vicisitudes de los tiempos sucesivos, ejercen su oficio, es necesario que vivan, sin duda, según su ejemplo. Por tanto, Dios prohíbe a sus predicadores poseer algo terrenal, para que quienes están constituidos en los corazones de los oyentes para extinguir los ardores de las concupiscencias, se cuiden de no aflojar las riendas de la ambición y la avaricia para la perdición de otros. A esto se añade que, a menudo, por ocasión del viaje, al encontrarse con una forma femenina, el ministro del altar concibe la llama de la lujuria. Pues mientras va de sus propios lugares a la Iglesia, y regresa; de repente, el espíritu maligno prepara lazos, tiende la trampa de la mujer, y presenta

el rostro resbaladizo que, engañado, contempla. Pero quien arde con la llama de la avaricia o de la lujuria, ¿con qué rostro, con qué conciencia se acerca a los altares divinos? De ahí que los hijos de Aarón fueron consumidos por el fuego divino, porque se atrevieron a ofrecer fuego extraño al Señor. Está escrito: «Tomaron Nadab y Abiú, hijos de Aarón, sus incensarios, pusieron fuego en ellos y colocaron incienso encima, ofreciendo ante el Señor fuego extraño, que no se les había mandado: y salió fuego de delante del Señor y los devoró, y murieron delante del Señor (Levítico X).» Los altares del Señor no aceptan fuego extraño, sino solo el fuego del amor divino. De lo cual, en verdad, Él mismo dice: «Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué quiero, sino que arda? (Lucas XII).» Por tanto, quien arde en el incensario de su pecho con la llama de la concupiscencia terrenal o carnal, y no teme asistir a los sagrados misterios, sin duda es consumido por el fuego de la venganza divina, de la cual la Escritura testifica: «Y ahora, dice, el fuego consume a los adversarios (Hebreos X).» En verdad, es muy imposible, hermanos míos, que quien está oprimido por las preocupaciones de los asuntos familiares, quien, habitando y conversando diariamente con las multitudes populares, pueda asistir con corazón puro a los santos misterios. En estos terribles sacramentos, se abre el cielo, y las virtudes angélicas se mezclan con los hombres. ¿Cuánta pureza, entonces, deben tener los clérigos, cuán limpios, cuán, en fin, ajenos a todos los olores de los negocios seculares? Quienes, en verdad, como compañeros y domésticos, disfrutan de la compañía de los ángeles, y son cooperadores y dispensadores de los sacramentos celestiales de Dios.

CAPÍTULO IV. Que los buenos se pervierten por la sociedad de los malos.

No hablamos solo de los sacerdotes, sino de todos los clérigos, que dependen de los derechos de los sagrados altares en cualquier grado de su ministerio. Pues aunque alguien sea puro en sí mismo, a veces se contamina por la compañía de los malvados. Si esto no sucediera a algunos, el profeta no se habría quejado, diciendo: «¡Ay de mí, porque soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros!» (Isaías VI). Sin duda, afirmaba que era de labios impuros porque habitaba entre aquellos que eran de labios impuros. Lo mismo se sabe que le ocurrió a Moisés en la tierra de Madián, si se investiga cuidadosamente por qué el Señor quiso matarlo. Está escrito: «Y cuando estaba en el camino, en el mesón, el Señor le salió al encuentro y quiso matarlo» (Éxodo IV). Es muy sorprendente que se describa que el Señor quiso matarlo de repente, a quien ya había hecho su confidente y compañero, a quien había revelado los secretos de su consejo y voluntad, y ahora lo dirigía en la ejecución de su obediencia. Pero sin duda se da a entender que había contraído alguna mancha de contagio por la prolongada convivencia con los madianitas, y por eso debía ser purificado con el terror y la corrección de la negligencia, quien se acercaba como portador de los mandamientos celestiales para corregir a otros. Esto lo entendió prudentemente su esposa Séfora, de quien la Escritura añade inmediatamente: «Séfora tomó una piedra afilada y cortó el prepucio de su hijo» (Éxodo IV). Pues habría sido absurdo que pareciera gentil en su hijo, quien era israelita en sí mismo. Por lo tanto, quien debe instruir a otros en el camino de la rectitud, debe tener mucho cuidado de no parecer errar en algo. De ahí que el pueblo israelita, inflamado por el celo de la rectitud, se levante para vengar el crimen de Benjamín, y sin embargo, el mismo pueblo es abatido por las espadas de Benjamín (Jueces XX). ¿A quién no conmueve que el Señor sea consultado dos veces, que dé su consentimiento dos veces para emprender la batalla contra Benjamín, y sin embargo, en la primera batalla caigan veintidós mil israelitas, y en la segunda, dieciocho mil? ¿Qué se debe entender, qué se debe sentir en esto, sino que primero deben ser curados de la hinchazón de su propia herida, quienes desean eliminar las enfermedades de la depravación ajena? Para que ya purificados por la venganza de sí mismos, vengan a golpear las maldades de otros; como se dice en el Evangelio: «El que

esté sin pecado entre vosotros, que tire la primera piedra» (Juan VIII). Por lo tanto, cuando aquellos que consultaban a Dios decían: «¿Quién será el jefe de la batalla contra los hijos de Benjamín en nuestro ejército?» Respondió: «Que Judá sea vuestro líder» (Jueces XX); porque Judá significa confesión, correctamente se establece a Judá como líder de esa guerra. Para que primero, a través de la confesión, se esfuercen por corregir sus propios errores, quienes desean ayudar a otros que confiesen sus errores.

CAPÍTULO V. Que la comunión de vida permite la unión del espíritu y la rectitud.

Por lo tanto, queridos, si queréis en el pueblo de Dios, a quienes estáis puestos como ejemplo, entre quienes brilláis como luminarias en el mundo, sosteniendo la palabra de vida; si queréis, digo, entre ellos ganar almas, si deseáis provocar a los errantes a la rectitud de la religión, primero enderezad en vosotros mismos, si hay algo torcido, y reuniéndoos en la escuela de Cristo, permaneced en la comunión de vida y en la unión del espíritu con concordia. No haya entre vosotros división de casas, ni ruptura de mentes, ni diversidad de bienes. Recordad siempre que Dios rechaza el altar de piedras talladas: «Si levantas tu cuchillo sobre él, lo profanarás» (Éxodo XX). Las piedras talladas son, en efecto, aquellos que rechazan la sociedad fraterna; que no quieren vivir con los hermanos y convivir en concordia. Tales personas, Cristo no las recibe en su cuerpo, a quienes juzga cortados de la unidad de sus miembros. Del tipo de piedras de las que debe construirse el altar, Pedro el apóstol dice: «Y vosotros, como piedras vivas, sed edificadas como casa espiritual» (I Pedro II). De la cual casa él es el fundamento, fuera del cual no se puede poner otro (I Corintios III); él es la cima, que se ha convertido en la cabeza del ángulo (Salmo CXVII). Además, ¿acaso el Señor ordena en vano: «No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones minan y roban»? (Mateo VI). ¿Quién, os pregunto, mantendrá el sentido de este mandato, si el clérigo no lo observa? ¿Acaso los casados, que crían hijos, que pagan diezmos a Dios por su autoridad? «Porque quien ofrece, como dice Pablo, es necesario que tenga algo que ofrecer» (Hebreos VIII). Luego, ¿cómo podrá alguien, constituido en el coro de los salmistas, mantener su corazón fijo en la oración, si está preocupado por sus bolsillos y cofres, temiendo que una mano audaz se acerque? ¿Dudando de sus despensas y graneros, temiendo que sirvan a los ladrones? ¿No confiando en que los cerrojos sean suficientemente seguros, y siempre temiendo la irrupción de los ladrones? Tal vez yo miento, pero ¿podrá mentir la Verdad, que dice: «Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón»? (Mateo VI; Lucas XII). Y tal vez sería más tolerable, si en sus propios aposentos realizaran los oficios divinos, y no trabajando más lejos, buscaran a Dios allí donde guardan sus bienes; para que cuando se les dijera: «Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón»; no se añadiera incongruentemente: donde está también tu Dios.

Pero como esta cuestión no es para reír, sino para lamentar, os ruego, mis amadísimos hermanos y señores, no despreciéis lo que sugerimos, sino reuniros en la escuela de Cristo bajo la disciplina del Espíritu Santo; para que él permanezca con nosotros ahora y hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII), como ha prometido, y os lleve después a la gloria de su Padre con una feliz recompensa. Tal vez desagrade a algunos, porque mientras deseo contener a otros dentro del límite de la vida regular, yo mismo excedo el límite de una epístola breve. Pero se compensa muy bien, si se acusa al escritor de falta de habilidad, siempre que el oyente progrese sabiamente.

Bendito sea el nombre del Señor.